

FECUNDIDAD DE LA OTRA ORILLA (Notas de un viaje al Cono Sur)

El espacio en el avión, como suele ocurrir, era reducido, venía además aquél lleno y nos correspondió uno de los asientos de las filas del centro. Una forzada anulación pues de cualquier inquietud por el paisaje, cual también es ordinario en estos periplos. Aunque, asomados un momento al densísimo Brasil a nuestros pies, entrevimos los desposorios de la tierra y el agua.

En el aeropuerto porteño de Erzeinza, se diría que la humedad de la atmósfera hacía de momento dulce el invierno del agosto inicial. Camino de la ciudad nos señalaron la iglesia de los mormones, entre una especie de gótico rural y unos toques de nueva arquitectura sin llegar al cubismo, pretensiones de oro en su remate. Después la nobleza neo-románica de la de la Medalla Milagrosa. Al fin el viejo hotel, tan desmochado, que nos hablaba a la fuerza de su historia y sus historias, silencioso y solitario su interminable pasillo hasta la calle de Viamonte, tan callada a esas horas nocturnas y dominicales que se nos antojó de vieja provincia, si bien guárdandonos una impresión a cual más diferente para la siguiente mañana.

La grandeza amable de Buenos Aires

Me vine acordando y seguiría, de uno de los viejos escritores de mi adolescencia, Vicente Blasco Ibáñez. Fracaso como colonizador o colono en la Patagonia –Nueva Valencia, su evocación en la Exposición Rural–. Pero a estas alturas, luego de haber pasado más de un purgatorio, su literatura mantiene un vigor perenne. Escribió *La Argentina y sus grandezas*, que venía a ser una guía turística monumental, hoy toda una fuente de historia contemporánea, en torno al centenario de 1910. Y, entre sus novelas, *La tierra de todos*, que sigue teniendo la actualidad de un segundo acto. A propósito de purgatorios literarios, doy vueltas en torno al tan prolongado que viene sufriendo Hugo Wast, en aquellos mis días de colegio claretiano casi tan

popular en España como en su país, al igual que, desconocido más que olvidado ahora en ambos. En el altiplano evoqué *Desierto de piedra*, pero uno de los pocos que le recordaban me señaló se desarrolla en el cordobés de Cosquín. Y, abierta al azar la televisión, en un concurso de literatura, sorprendo el gesto de suavidad, hasta de unción, de una profesora que aconseja a uno de los participantes, cual una compañía amorosa sin más, la lectura de Lope de Vega. Como que ante esa breve imagen, siento la fuerza de lo que permanece y debe permanecer por encima de la radicalidad de los cambios de la historia del mundo e incluso de la condición humana sin más que nos han cabido en suerte a los hombres de mi generación. Una de mis lecturas de este viaje es *La Comedia Humana* de Balzac. De la que sólo recordaré una frase: «la historia de las provincias de Francia no se escribirá por no haber ya benedictinos» (no quedaba en Francia ni una sola casa religiosa cuando él escribía) y ser ellos los únicos capaces de escribirla. Y, sin arrepentimiento, la tentación de los libros. Apenas salido del hotel encuentro uno monumental, sobre la abadía de Pomposa, de Mario Salmi, 1936. El simbolismo en profundidad del arte medieval y monástico.

Nos damos cuenta, a los primeros pasos, de la inmensidad de Buenos Aires. Y comprendemos que no podía por menos de haberse hecho así. Salvador de Madariaga, el formidable hispano en quien se detectó sin embargo “un temperamento casi británico”, se lamentó muchas veces del espectáculo de los estados desunidos del Sur frente a los Estados Unidos del Norte. (¡Qué amargas me han sabido sus críticas recíprocas cuando traspasan las bardas de la convecindad y el parentesco!). Pero, al menos, era ineludible que el mundo hispano contara con una urbe a la medida de esas sus inmensidades que van de Santo Domingo a Manila.

Otra sensación inicial es la de la cercanía. El español se siente acá en tierra propia. De ahí que la aviación haya venido sencillamente a poner las cosas en su sitio. Y, de no haber tenido la desgracia de oírsele a él mismo, no nos habríamos creído que uno de nuestros jefes de gobierno dijera de algún problema de allende ser distinto y distante, sin que ello le acarrearla las consecuencias políticas merecidas. Por eso, ya en terreno serio, es tan de lamentar el desconocimiento que se tiene en la madre patria de la historia de la América independiente. De la cual no se sabe nada que no tenga un entronque aún en el presente. Si acaso, alguna estampa pintoresca de la revolución mejicana y sus caudillos.

En la Universidad Católica, con María del Carmen Carlé, la mantenedora de la llama de la historia de España encendida por don Claudio Sánchez-Albornoz en su fecundo exilio porteño. Recuerdo que, de un artículo mío en *Studia Monastica*, recopilador de sus aportaciones a la historia del monacato,

luego de haberme dicho, cuando se lo propuse, eran insignificantes, me escribió le utilizaría como arma. ¿Modestia? No tanto, pero sí un detalle decisivamente revelador del empeño juvenilmente batallador que mantenía el maestro después de cumplir los ochenta. Una vez se encontró en Lima con fray Justo Pérez de Urbel. Éste iba a decir misa. Don Claudio llevaba el misal en la mano para oírlo. “Los católicos no nos divorciamos”, había dicho quedándose por los pasillos de las Cortes Constituyentes de la República, mientras los diputados de su partido se disponían a votar la ley de la disolubilidad.

Diserto de dos restauraciones del ochocientos, la vida benedictina y el canto gregoriano. Aludo a ciertas influencias cantollanistas en la música folklórica. Días después, oyendo la vugala, con sus alternancias españolas e indígenas, en el tren andino de Salta, capté en ella otra, y a mi parecer más nítida e intensa. A propósito del desinterés en los planes de estudio hispano-americanos por la historia española, y por la Edad Media sin más (creo está ocurriendo algo de eso también en los Estados Unidos con la inglesa), en virtud de la pretendida razón de no haberla tenido sus países, no puedo por menos de observar que también la europea fue algo a la postre de ellos. (Dicen que uno de los motivos que decidieron al mando aliado a bombardear Montecasino fue la imposibilidad de convencer a los soldados de Nueva Zelanda de la trascendencia del monumento!). Lo mismo podríamos decir de la monástica, a guisa de fuente de las otras formas de vida religiosa consagrada que conocieron. Como arquetipo de unión de culturas, tales el gregoriano mismo, *ab Oriente et Occidente*, y la antigua Biblia latina, que supo conservar la poesía semítica de la lengua original, cito la estrofa musical de Rubén Darío en su poema a fray Mamerto Esquíu: *Llegaron a su mente hierosolimitana –la criselefantina divinidad pagana,– las dulces musas de Helicón. Y él se ajustó a los números severos y apostólicos –y en su sermón se escuchan los sonos melancólicos– de los salterios de Sión. ¿Quién le asesora- ría hasta tan precisa aprehensión de una realidad cultural para él desconocida? ¿O le bastaría con la propia intuición, elaboradora de los datos de la infancia católica?*

La catedral de Buenos Aires resulta grata por haber acertado a compatibilizar lo grande y lo doméstico, pintiparado ello para una encarnación de la iglesia local. Deliciosa su penumbra, atractiva su variedad devocional, todo suave y discretamente coloreado. (En la catedral de Montevideo, el neoclásico da de sí todo lo que puede en la conquista difícil del abrigo y el calor, también gracias a la misma penumbra, la imaginería, la policromía incluso. La variedad de sus materiales –el oro del Perú, diversas especies de mármoles– nos recuerda que en las artes plásticas las tales materias primas son ya arte de por sí, estribando en darse cuenta de ello el secreto de algunos escul-

tores. Recuerdos de las luces de Oriente cuando desde el autobús vemos el Exarcado Apostólico Armenio). En el barrio de su nombre, la iglesia de Montserrat, con su pórtico abierto a la calle, se diría un palacete neoclásico, lo cual encierra el encanto, simbólico además, de la sacralización de un espacio aparentemente profano, *sacramentum mundi*. En Santa Catalina de Siena, las viejas evocaciones conventuales a flor de fachada de hoy. En el Museo de Arte Hispanoamericano Fernández Blanco, la apoteosis artística de la historia de la piedad, y el trasplante de una de sus páginas, la castellana, en el de Arte Español que ocupa la casa de Enrique Larreta. Me acuerdo de la motivación del título de su novela. *La Gloria de Don Ramiro* no está en el argumento de su vida, sino en un tenue gesto de santa Rosa de Lima que la es póstumo.

Me conmueven las enormes colas de los peregrinos que llevan varios días acampados para poder entrar y salir inmediatamente de la iglesia de San Cayetano el día de su fiesta. ¡Qué lejos este espectáculo de mi Madrid secularizado!

La basílica de Luján. Feliz a cual más la conjunción de su grandeza y la pequeña estatura de la imagen en su camarín. El largo servicio de los padres paúles, y el recuerdo perenne de la fecha de mayo de su coronación, que me hace volver a mi Sepúlveda, donde se aprestan a coronar este año a la patrona de la Peña, *et de petra melle saturavit eos*. (A propósito de esta costumbre hispana, de vestir las imágenes, recuerdo un librito henchido de sensibilidad e intelecto, de un monje de Einsiedeln, dom Thaddäus Zingg, *El manto de la Virgen*, defendiendo esa práctica con argumentos más teológicos que de mera sensibilidad devocional). En el museo de sus exvotos, me sorprenden gratamente dos grupos de ellos que me son novedosos: las miniaturas de casas, manifestadoras de la gratitud de quienes han adquirido su propia vivienda, y los de animales, éstos en el seno de las enseñanzas de Juan Pablo II sobre su entidad, de lo que tanto siento no tener huelgo aquí para explicarme. En uno de los museos, el Packard que utilizó el cardenal legado, futuro papa Pío XII, en el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires en 1934. En la misma ocasión, fue muy reveladora la conferencia del cardenal primado de España, Isidro Gomá, en el Teatro Colón. Pero todo esto ya es historia, más lejana aún que lo que abonaría la mera cronología.

Por dos veces, la primera ante las cataratas de Iguazú, y la segunda en los Andes —en el tren que los trepa desde Salta, en el autobús de Mendoza a Santiago, desde el avión de Santiago a Buenos Aires— tenemos la sensación definitiva de habérsenos hecho paisaje la Biblia, pero no sólo su letra, sino también su música. En Iguazú la salmodia; en la Cordillera, una antifona y un himno.

La presencia benedictina en el campo y en la ciudad

El síntoma más insospechado y significativo de su impronta que nos encontramos, antes de llegar a la espléndida iglesia de San Benito, en el barrio de Belgrano, es su pase a la toponimia urbana, y la popular que no la oficial. En efecto, la abadía ha dado este su nombre genérico al solar de un establecimiento mercantil todavía más moderno.

Nos asombra, a la vista de su arquitectura, el vigor de la empresa de dom Andrés Azcárate, al fin y al cabo la encarnación plástica de su decisiva influencia en la espiritualidad del catolicismo porteño entre 1930 y 1970. Y no hemos podido recibir noticia más ilusionadora que la de la conservación de todos los volúmenes de su copioso diario, de cuyo aprovechamiento historiográfico tanto cabe esperar, para reconstruir una época más y más apasionante a medida que los radicales cambios sobrevenidos nos la tornan más lejana, aunque no tanto en el tiempo, y por eso más aleccionadora y fructífera su evocación.

En estas cinco naves de San Benito, la mezcla de estilos no podría ser más propicia a las reflexiones de un historiador del arte. Paradójicamente, se diría que su barroco no cuenta en la decoración, sino que presta en cambio la armadura, en tanto es el románico lo que la tal decoración nos trae, alzándose el gótico a la pretensión de ordenar y decidir.

Santa Escolástica, en la nitidez neogótica de sus tres naves, nos muestra la compatibilidad de las soluciones y opciones varias en unas mismas personas y época, lejos de las intolerancias entre ideológicas vergonzantes y falsamente estéticas que habían sido y volverían. Acogida de la abadesa Leticia, complacencia de estar unos momentos a las puertas de su comunidad tan nutrida, quizás la plusmarca en toda la familia benedictina. Luego fuera, nos enteramos de algunos detalles conmovedores, como el de las monjas jóvenes que traducen por señas o escrito la homilía de la misa a las que no pueden oír.

En San Benito de Luján, dejada en la urbe la esperanza de las monjas de Tutzing, no ha mucho llegadas del Brasil, la abadía porteña trasladada al campo, en la placidez de su tambo que disfruta de la mirada mansa de sus terneros. En la biblioteca, nos damos cuenta de esta otra faceta del esfuerzo del abad Azcárate. *Pax in veritate* su lema. Ante el Espasa, hago un elogio suyo con dom Fernando Rivas, mal que les pese a los pedantes. La presencia de los volúmenes del canónigo Barraquer, acta notarial *cum grano salis* de las herencias perdidas de los monjes y monasterios de Cataluña, resulta menos melancólica en un monasterio nuevo. *Succisa virescit*. Entre las tumbas, ya viejas memorias silenses: el monje arquitecto, el hermano Antón

muerto en olor de santidad. Las autoridades no han permitido enterrar también a los bienhechores. (Me acuerdo de otra visita entrañable del año pasado, al monasterio de Humacao, en Puerto Rico. Allí estaba la de Adela, la que enseñó a los benedictinos norteamericanos llegados de Minnesota a cocinar a la manera de la isla caribeña).

Y de Córdoba a Mendoza

En Córdoba, la docta y de doctores, una impresión que armoniza las huellas materiales con las impresiones que recogemos de sus ilustradas gentes, es la de tratarse quizás de la ciudad de la cristiandad que ha sido más moldeada por los jesuitas, a la postre incluso en la reacción contraria, y me refiero a la revolución académica de 1918. El jesuita poeta, Osvaldo Pol, nos enseña la iglesia, de una dimensión simbólica también la quilla invertida de su cubierta. En la catedral, rindiendo tributo a la digna pintura de su decoración posterior, se nos vuelven a venir a las mientes las estrofas rubenianas a fray Mamerto.

En el Museo de Arte Sacro, conserva su frescor, pese a ser secular varias veces, el aroma monjil de las memorias teresianas. Por ejemplo, en las poesías autógrafas de esas carmelitas, orladas en esmerados encajes. (Un detalle que no he de pasar por alto. El guía, al mostrarnos un terno, o sea la casulla y las dos dalmáticas, dice que se usaba en unas misas concelebradas por tres sacerdotes. Apunto el dato por indiciario de un riesgo que, a niveles más altos, puede contaminar, y de hecho lo está haciendo alguna vez, la historiografía eclesiástica, al buscar al pasado explicaciones anacrónicas que son válidas sólo para el presente, algo a desterrar aunque no siempre se haga con intencionalidad sospechosa. En ningún caso puede favorecer, no ya sólo a la verdad, sino tampoco a la Iglesia). Un imponente tenebrario nos vuelve a traer la evocación de aquel gran culto.

Una atracción personal que para mí tiene Córdoba es la huella dejada en la ciudad por un escultor de mi pueblo, de Sepúlveda, el de las canteras de la piedra rosada que cantó Antonio Machado en un poema a Emiliano Barral. (Días después, durante este mismo viaje, en el monasterio de las benedictinas de Rengo vimos una fuente en una piedra parecida, de unas canteras próximas al monasterio, las de Pelequen. Y la piedra es una de los tesoros de la sierra cordobesa). Un hermano de Emiliano, Alberto, exiliado en Córdoba tras la guerra civil, fue profesor en la Escuela de Arquitectura y en la de Artes y Oficios, pese a no tener título universitario y haber llegado indocumentado. Quedan muchos discípulos que le recuerdan hondamente,

aunque ya ha transcurrido desde su desaparición un cuarto de siglo. Y, aparte su obra de retratista, sus fuentes de animales, y los relieves ejecutados para un monumento a Yrigoyen, que son un símbolo de la formación de la Argentina –inmigrantes, trabajadores, indígenas–, hacen ya parte indisoluble del paisaje urbano. En la tumba de Saúl Taborda, que labró en el cementerio de Unquillo, junto a una matrona sentada que solloza hay otra en pie. La muerte y la vida, sí, ¿y no el mensaje tácito de la esperanza de la Resurrección? Se le debe también un *San Cayetano, protector de los pobres*, que se presta a alguna reflexión en cuanto a las posibilidades de la evolución y la ambivalencia fecunda de la tradición iconográfica sacra. El religioso que, al dar vida a los teatinos, creó la nueva especie de los clérigos regulares, a cual más fecunda en la historia de la vida consagrada, había sido huérfano y se dedicó con mucha preferencia a los huérfanos, siendo común representarlo en su visión del Niño Jesús. En la imagen de Alberto Barral está con un niño en brazos, pero hay una cierta comunicación entre esta situación natural y la sobrenaturalidad del episodio de su hagiografía clásica. (A propósito del exilio español aludido, y de alguna otra referencia que a la historia contemporánea española hemos hecho, nos parece justo llamar la atención sobre la acribiosa labor que está llevando a cabo en ese ámbito un benedictino, Hilario Raguer, de Montserrat, tanto más encomiable cuanto los cultores de la materia pecan por lo común de rigor y vigor. Nadie ha hecho al argumento una aportación equiparable a su reciente biografía del general Domingo Batet).

Una visita al monasterio del Gozo de María, en San Antonio de Arredondo, corresponde a su nombre como un hondo gozo para el espíritu. Una conversación con la abadesa Cándida Cymbalista, que fluye como un río caudaloso y límpido, equivale a un *excursus* instructivo, pero consolador a la postre, por la Iglesia y el mundo de hoy. Saltando ante todo a la vista la imposibilidad de etiquetarla, de encasillarla bajo ningún epíteto, aunque eso sí, sin la más leve contradicción consigo misma. Nos habla de su comunidad compacta, de una cierta extensión de la misma a las familias de las monjas, de la necesidad de librarse de las adherencias que han venido parasitando la vida consagrada, llegando a crear la especie de buenos religiosos pero malos cristianos. Un estallido de alegría la breve visión al fin de la comunidad haciendo un alto en las faenas de la mañana. Sugestivo el esmero de los iconos de su elaboración. Como luego veremos también en Rengo y en Quillota, al otro lado de la frontera.

Entre este monasterio y el masculino de la Paz, en San Agustín, ya en la falda de la sierra, Altagracia. La casa que habitó otro exiliado, Manuel de Falla. Conmueve y llega a sorprender su entrega casi eremítica a la creación

musical, anclado en la exclusiva dimensión de la profundidad, lo inverso justamente de la tentación que la publicidad audiovisual de hoy lleva consigo para los artistas.

Las benedictinas cordobesas nos habían hablado de cómo su fundación se debió un tanto al azar, a la confusión en el arzobispado al verlas de paso para otras dos, creyéndose habían ido para quedarse. Los benedictinos por su parte nos cuentan cómo su monasterio surgió un tanto por generación espontánea, providencialmente, ya que los primeros monjes llegados de Tucumán, por su escaso número y su relativamente avanzada edad, situación que continuó luego en los primeros reclutamientos vocacionales, no pudieron constituir un núcleo de bastante solidez como para humanamente encerrar en sí un futuro. En Praglia aprendieron la restauración de libros, siendo casi los únicos representantes del menester en el Cono Sur, aunque no los manden aún encargos de Buenos Aires por parecer desde la capital federal demasiada la distancia.

Sobrevolando la sierra, de Córdoba a Mendoza. Una ciudad ésta que seduce a primera vista, al azar de cualesquiera de sus calles, acaso por estar del todo hecha a la medida del hombre. Asombra su resurgimiento después del terremoto de 1861, la conversión del pedazo de desierto que la rodeaba (eso quiere decir *aguaribay*, un vocablo que aquí ha sonado mucho) en un marco de parques, de plazas seductoras cuales ningunas, hasta de bosques imposibles de distinguir de los naturales. (Un detalle entrañable. En los primeros días del exilio de don Claudio Sánchez Albornoz, fue en Mendoza donde le publicaron su costosa y voluminosa obra sobre los orígenes del feudalismo europeo). Doméstica la catedral, y no lo decimos peyorativamente, aunque los mendocinos aspiren a otra digna de su progreso; la Virgen del Carmen de Cuyo, con una fachada entre cívica y sacra, lo que no decimos peyorativamente, en cuanto hace más grata la sorpresa relativa de su dedicación, henchida de rincones, de memorias pías *cum amore* recopiladas por los custodios franciscanos; la dignidad del arte decimonónico, la capilla con la permanencia devocional del libertador San Martín; San Nicolás, en apariencia una de tantas fachadas de la nueva arteria del centro urbano, con el encanto por eso de depararnos la sorpresa sacra. Acierto el de la integración de sus cerros en el marco ciudadano, sin que por eso dejen de comunicarse con el campo sin puertas. El Cristo de los Cerros, las tres iglesias de la Virgen de Lourdes que ha habido que ir agrandando sucesivamente por la pura y simple necesidad pastoral, recordándonos un tanto la última la propia basílica de Lourdes que consagró el patriarca de Venecia que luego sería papa Juan XXIII, el modelo de arquitectura de iglesia de Paul Claudel. A la salida, en Guaymalén, donde dijo misa Juan Pablo II en el año mariano de 1980,

una estilización de la Virgen, la silueta de un arco que se abre amorosamente al mundo. Un cóndor a su lado. Más allá, un santuario del setecientos, la Virgen de la Carrodilla, con una imagen medieval traída de Aragón, un botón de muestra de la ascendencia más antigua de la historia a esta orilla trasplantada, ese no ser ajeno tampoco lo precolombino de la madre patria de que arriba ya decíamos. Inmediato el viacrucis del Cristo de los indios huarpes, en la advocación del Señor de la Buena Salud, la devoción de peregrinación nutrida, hasta sesenta mil fieles en semana santa, creada por un franciscano exclaustrado español, José Aymón, una de las páginas iluminadas que algunas veces fueron las del drama de aquellos conventuales sacados de sus nidos como los peces fuera del agua (En el hogar de uno de los españoles, de uno de los inmigrados de los varios orígenes, que han hecho la ciudad y el país, Enrique Fernández Molina, hubo que renovar la vista aérea de su pueblo, Cádiar, en la Alpujarra, de tanto como se había desgastado de señalarla con la mano. Él nos habló de la huella profunda dejada acá por un sacerdote burgalés desaparecido hace poco, el padre Peña).

De Mendoza, en el territorio de la antigua Capitanía General de Chile, pasamos al vecino país. Pero antes hemos de decir de la inolvidable estadía paraguaya.

“Bonum est hic esse”: en Tupäsy María

Venía siendo para mí una ilusión alimentada ya de muy antiguo estar un año el Quince de Agosto en Asunción. Ahora sólo me queda dar gracias a la Señora por habérmelo acordado.

El día era más de primavera cálida que de invierno. La ciudad se nos ofrecía, así, sencillamente, nada pretenciosa, cual si entre ella y nosotros, a la distancia, se hubiera creado una tácita e invisible familiaridad, pese a la belleza excesiva de sus lapachos en flor, entre el enarnado y el violeta. Y esa fue también la tónica de la misa en la catedral, una catedral también hogareña, abrigada en la suave policromía de la techumbre de sus tres naves (A la imaginería de Olot o sulpiciano no hay que dejar de verla desde la óptica pastoral). La imagen de María esbelta, como asunto, sugiriendo una orfebrería divinal al fondo. La Guardia Presidencial se habría dicho una emanación del himno patrio. Todo ello con la dignidad de estar en su sitio. Una atmósfera de paz cívica en la naturalidad de la llegada del Jefe del Estado. El arzobispo Benítez fustigó la corrupción y habló de la justicia social. Una dimensión que se conjugó, en el sermón por la tarde del padre Inocencio Llamas, con la sobrenatural del misterio del día. La procesión hasta el Oratorio de la

Asunción, panteón de los héroes nacionales –allí el mariscal Francisco Solano López– entre los cánticos del pueblo: *María es la madre de Dios, mía también*. Cuando la dejaban allí, agitaban los pañuelos para despedirla. (Impronta de fortaleza la recia masa de ladrillo de la Encarnación, y formidable sugestión de su campanario. Luego las calles desiertas, como suelen estar las ciudades modernas los días de fiesta. Acaso pudiendo verse en ello algún asomo de esa decadencia predominante en nuestro mundo de la sociabilidad, de los contactos inmediatos de hombre a hombre de carne y hueso).

Adentrados en el país, aunque sin llegar al Chaco, tras del embeleso poético de la lengua guaraní, nos enseñan el neogótico de la iglesia de San Lorenzo –pueblo hermanado con El Escorial– como una singularidad exótica. En la de Yparacai ha sido también original la mezcla de estilos, mejor diríamos las variaciones introducidas en cada uno de los tenidos en cuenta. La basílica de Caacupe sólo resulta todo lo cálida que puede serlo la elección neoclásica. En el camino, Pablito-Roga, la capilla levantada donde en una peregrinación del ocho de diciembre murió de sed el niño de ese nombre, ya predilecta de la religiosidad popular. La iglesia colonial de Yaguaron es una delicia de madera suavemente dorada. Sus confesonarios-retablo nos traen a las mentes la definición claudeliana del barroco, bendición que descende, estilo por eso triunfante y misericordioso en la expresión del poeta medieval y escriturario. La generosidad de la sacristía-capilla, las ruinas jesuíticas de la Trinidad y el Jesús son tan imponentes que ante todo se nos imponen cual un colosal homenaje a la piedra. En Santiago, el padre Bartolomé, que ha ido desde Los Toldos a volver a ver a los antiguos “feligreses” de su misa dominical, en la capilla fuera de su monasterio, que los monjes han hecho para el contorno, nos enseña el museo de su imaginería, en unión de un joven del pueblo que le cuida desinteresadamente, en unión de otros entusiastas de los tesoros de su pasado. (Nos habla de los desposorios de la ciencia de los jesuitas con la sabiduría natural del pueblo indígena, por ejemplo en materia botánica y farmacológica).

Unas pocas leguas más de camino polvoriento, pero recorrido con una deliciosa falta de agobio que nos está llegando a parecer una de las virtudes de este seductor país, trayecto en el cual sin embargo hay menos vacas y gallinas que a la vera de la precedente carretera, un detalle que consignamos cual positivo, aunque no tengamos tiempo de razonarlo aquí. Y, *peregrino cansado de la vía, alégrate, ahí está la abadía*.

Tupasy María. Los blancos edificios de planta baja diseminados en un campo que se parece al mar en carecer de límites. La iglesia, rodeada del estrecho pórtico de pilastras, y techada a dos vertientes según el modelo colonial, en una feliz vuelta a la tradición de la tierra demasiado preterida a

partir de los días republicanos. La tejavana que antecede a la entrada sostenida por unos horcones de "urunde'ymi (=parecido al quebracho), que el joven Juan Carlos Wasmosy escogió de la finca de unos tíos en Amambay. En su interior, los varios "microclimas" del estar con Dios: el espacio de los fieles, el coro, tras él el de la oración solitaria. Se diría que la lana tejida en San Miguel de Guatemala que abriga su suelo llega a darnos alguna confianza misericordiosa. A pesar de la inspiración tradicional de la planta y el alzado de que hemos dicho, todo tiene un sello novísimo. Y, sin embargo, los monjes han querido acoger algunos testimonios del pasado sacro coterráneo: la columna de un retablo de los jesuitas, una custodia de palosanto de los franciscanos; según su manera sin crispación ninguna; tallado también un Cristo en cedro y lapacho por un artesano de hoy, el sagrario de la antigua iglesia de Caacupe. Una cítara europea. Una Virgen negra de Einsiedeln, ante la que, rodeándola, cantan la *salve regina* después de vísperas. (Me acuerdo de mi profesor de latín en la Facultad de Valencia, don Miguel Dolç y Dolç. Una vez nos comentó la impresión que le había dejado, de una visita a Montserrat, en el trance coral parejo, el espectáculo de aquel número considerable de hombres, y la mayoría eminentes, cantando a una mujer. Y aquellas charlas de don Salvador de Madariaga por Radio París, en una de las cuales opinó que el culto mariano es de lo que más humanidad y gracia daba a la Iglesia Católica). El esmero litúrgico de esta pequeña comunidad es asombroso, teniendo además en cuenta la perentoriedad para todos sus miembros del trabajo manual.

La acogida de dom Pedro Alurralde, yo diría que la segunda, pues tan cálida se me quedó su voz, sin embargo tan vigorosa, al otro lado del teléfono, que ya había sido genuina hospitalidad, todavía nosotros en el hotel de Asunción. (Recuerdo una frase del premio nobel islandés de literatura, Háldor Kiljan Laxness, que había pasado una larga temporada en Clervaux. Tras una entrevista con un místico hindú, Krishnamurti, declaró que se trataba de la persona de más amabilidad seductora que había conocido en su vida, con la excepción de algunos monjes de la Orden de San Benito). Y, antes de proseguir, querría dejar consignada una observación, a propósito del librito de dom Pedro *Tomando por guía el Evangelio. Releyendo la Regla de San Benito*. Su propósito al escribirle ha sido meramente espiritual, pastoral si se quiere en cuanto la *cura animarum* también es posible a los monjes. No es una edición crítica, ni tiene aparato erudito y son escasísimas y de la máxima simplicidad sus notas. Sin embargo de lo cual, creo que también para los eruditos es de interés. Pues uno de los riesgos que padecen es de no ver el bosque a costa de fijarse en los árboles, dejarse obnubilar por la selva de los corolarios sobrevenidos, de manera que un contacto como éste, nítido

y esencial, incluso para sus propios menesteres tiene que ser benéfico. ¿Acaso, por ejemplo, un cierto olvido de la literalidad de la vocación benedictina hecha de la fidelidad a la Regla, no explica la desorientación endémica al tratar de explicarse *ab initio* el fenómeno cluniacense? Y a estas alturas, ¿qué mejor prueba de ese que nos atrevemos a llamar imperio decisivo de la Regla, de la trascendencia definitiva de ese pequeño y tan grande libro, que haber sido la clave en la inspiración y la llegada a cogüelmo de ese asombrosamente pujante Movimiento Apostólico de Manquehue, de benedictinos seculares que así se quieren y definen, con setecientos miembros en Santiago de Chile, pero ya con cabezas de puente en Inglaterra y en Brasil? La edición que han hecho recientemente de la versión de la Regla de dom Colombás, por la acumulación exhaustiva en cada pasaje de todos los otros paralelos, revela un esfuerzo enorme *cum amore* y es recomendable también, cual materia prima, para los especialistas. (De mi entrevista con dom Geraldo González en el Colegio de San Benito —en la docencia estuvo el origen del Movimiento y ella ha sido su primera dedicación, aunque sin excluir en principio ninguna otra, y llevando avanzada ya la línea editorial— podría escribir todo un artículo. A cual más feliz la idea del claustro extendido, o sea compuesto por varios parajes físicamente separados). Por otra parte, ante estos monasterios sencillos, nuevos, de comunidades poco numerosas y donde apenas es posible la división del trabajo, pero sin perder el norte de su biblioteca, y con una extensión de la liturgia y una rigurosidad en el horario que en Tupasy nos asombra, uno advierte cómo la reserva del cultivo de las letras a la burguesía ociosa no tiene una razón de ser intrínseca y ha sido mero patrimonio del estadio de la evolución cultural de la humanidad encarnado en nuestra última historia occidental. (En otro orden de cosas, nos complace haber conocido los productos apícolas y fitoterápicos de los benedictinos de Tucumán, aunque no pudimos visitarlos. Recuerdo de las viejas aulas, cuando ya el profesor Jover nos hablaba de la revisión de la farmacopea europea cual un síntoma más del examen de conciencia de toda nuestra sociedad del primer mundo...).

El padre Pedro nos hace recorrer la finca, desde la cual se abraza el mundo, abiertos los ciento ochenta grados del horizonte. Los cocoteros no le limitan. Son como las olas en su vaivén insondable. Llegados a un rincón hecho de unos árboles más altos, el cauce seco de un arroyuelo y unos troncos que se arrastran, tenemos la sensación de estar en un paraje distinto, una ínsula. Y vemos inmediatamente la ermita, la casita donde los monjes pueden retirarse algunos días. En el otro rincón destinado a cementerio no hay enterrado ningún monje todavía. Pero ya descansan una benefactora, y el adolescente Juan Carlos Wasmosy. Advertimos el entrañado instinto de la

paternidad espiritual propio de su estado cuando don Alurralde nos habla discreta y parcamente de él –ahí está su conmovedor librito *Plata Yviguy Monasterio Tupäsy Mariape*– que me recuerda los religiosos claretianos de mi colegio de Aranda de Duero. Y pensamos en la energía espiritual dejada tras de sí por los que mueren jóvenes. “El pueblo paraguayo se hace querer. Recibimos más de lo que damos”, nos dice complacido. (En el refectorio –la mandioca nos hace olvidarnos del pan– se lee una carta de un monje de la comunidad enfermo desde Los Toldos, un texto pontificio, y fragmentos de un estudio sobre la religiosidad del campesino paraguayo).

En la misa del domingo advertimos una atmósfera de convecindad como ya lamentablemente hace mucho tiempo no sentimos en nuestra España un tanto alejada de ella misma. Recuerdos de la piedad materna en la calurosa plática del padre Pedro. Al final, sin retirarse del altar, bendice la primera de las medallas de San Benito acuñadas con el icono pintado por el monje brasileño Ruberval Monteiro da Silva, y nos la entrega, haciendo un elogio que nos confunde de nuestra aportación a la historia benedictina. *Quid retribuam Domino...?* Lo que yo tengo es la inequívoca sensación de estar de sobra compensado de todos los desvelos sobre los libros y las piedras por este momento nada más. Una saga benedictina que ahora, acabada de salir de la imprenta su visión de conjunto, me trae a las mientes un poema de Juana de Ibarbourou, *¿cómo has llegado a mí, río de púrpura, con tus islas de oro, con el verde celeste de tus sauces y el joven, tierno coro, de tus íntimos ángeles?* (En Rengo se me ocurrió preguntar con plena sinceridad a las benedictinas si estimaban de algún valor para ellas esta dedicación a su historia. Me dijeron que ahí estaban sus fuentes. Las hice ver las páginas ingratas con que a veces se tropieza. Y me replicaron que también la admonición a extraer de ellas es positiva).

Y cuando, dejando ya en él para siempre algo de nuestro corazón en este país, salimos del Paraguay, estamos seguros de que ni las peores páginas de la historia ni las adversidades más hoscas del presente parsimonioso entreverado en la tela de araña de los grises poderes decisorios del mundo, le han hecho perder su alegría.

Amable Chile

La primera impresión que tenemos en Santiago del Nuevo Extremo es la de encontrarnos en la ciudad que Madrid habría podido ser, de haber evolucionado de otra manera, desde su índole provinciana manchega hasta su con-

dición capitalina moderna. Más espontaneidad en el tránsito, muchas calles peatonales, carencia de demasiadas pretenciosidades funcionales.

En la Plaza de Armas, Pedro de Valdivia a caballo, y el monumento a la raza indígena, muy rico su museo precolombino. Frente a la catedral, el del cardenal Caro Rodríguez. Recordamos –noticia de aquella Radio Vaticana– cuando, al cumplir los noventa años, se dispararon otros tantos cañonazos en la ciudad de su sede. El sentimiento, entre consolador y nostálgico, de ver hacerse historia el tiempo que ha sido de la propia vida.

En la catedral se nos impone la sintonía entre la materia y el arte que la elabora, por la variedad de los materiales y de sus colores en el suelo y en las cubiertas. Una imagen de Santa Teresa de los Andes. Luego veremos otras por doquier. Y notamos que se trata de una carmelita nada más, sin ningún atributo particular, una característica ya de la carencia de los mismos.

El monasterio de Las Condes, destacándose el campanario, modesto pero alcanzado, a la primera vista, cobra una significación profunda de símbolo. Vemos la biblioteca. Nos molesta que la inmensa aportación del abad Gabriel Guarda a la historia de la arquitectura tradicional del país no sea lo bastante conocida en Europa, ni siquiera en la Península Ibérica, donde por motivos evidentes de afinidades y encrucijadas de influencias es de interés inmediato.

En una visita a la casa de Pablo Neruda en Isla Negra, de su batahola de curiosidades nos quedamos con la puerta de un convento chileno –no saben precisarnos más– a la que el poeta adosó unos asideros procedentes de otro ortodoxo, regalo de un amigo ruso. ¿Ecumenismo por casualidad *avant la lettre*? Lo cierto es que el dueño se preciaba de que en su morada cada objeto tenía su ánima propia. Recordamos la profunda impresión que le causó de niño la iglesia del Corazón de María de Telmuco, con unas lilas plantadas en un patio que impregnaban toda la atmósfera de la novena a la que le llevaba su madre. Confesando desde entonces un respeto profundo por todas las iglesias...

Las benedictinas de Rengo nos facilitan el desplazamiento en la primera jornada monástica. En su casa, la conjunción de la anchurosidad sosegada de la vieja hacienda colonial de los Mendoza y la nueva arquitectura de Raúl Irrarrázaval Covarrubias y el propio padre Gabriel, ha sido muy feliz. Habiendo sabido también las monjas compaginar el mobiliario sacro de antes y de ahora, sensibles al aliento de las supervivencias materiales impregnadas de los rezos de las generaciones que las precedieron: los bancos de la antigua iglesia y otros de unas recoletas franciscanas, imágenes de Oviedo, una lámpara votiva y la puerta del sagrario también memorias de la casa madre asturiana de San Pelayo; el órgano de los jesuitas de Calera de

Tango, parece que el primero del país; el retablo de la misma procedencia, a la manera bávara, con la Virgen Asunta; otra sillería de unas dominicas y la que ellas mismas se han hecho imitando la ovetense donde las primeras hicieron su noviciado. En la sacristía, la cajonería acolumnada, un crucifijo peruano de marfil, y un Niño Jesús vestido de Valdivia. Representado en lienzo, el arzobispo de Santiago, Rodríguez Zorrilla, el último que gobernó el territorio antes de ser erigida la diócesis de Rancagua. Pero no vamos a hacer un inventario... Sí consignaremos que este esmero copioso nos trae a la memoria los entrañables conventos seculares de clausura de la vieja Europa, por ejemplo los andaluces. Y ningún espacio tan seductor como su capilla pequeña, con el suelo de esteras de Valdivia, una cítara francesa, se diría que una intimidad angélica en el oficio. En la sala capitular, un típico atril enrollado, Jesús con la cruz a cuestas de la escuela pictórica de Mendoza, recuerdos de Tiépolo en una virgen que sostiene el cuerpo de su Hijo mientras el Padre Eterno preside la escena –no, no queremos ser exhaustivos–. Un relicario también de San Pelayo, pero ya tiene reliquias de santa Teresa de los Andes y del beato María Rafael. La Regla de San Benito de dom Casiano Just, encuadrada por las pelayas, con las torres de ambos cenobios en las guardas. La síntesis de forma de Peter Horn en un grupo de María y Jesús.

En los alrededores –Isla, San Francisco–, la iglesia de Santa Rosa, alborozada y densa ya de su fiesta inminente. Y uno de los refugios del Hogar de Cristo del padre Alberto Hurtado. Recuerdan las monjas la procesión inaugural del monasterio, con los guazos dándolas escolta y danzando en torno desde Rengo. Adivinamos en ellas la condición de benefactoras de estas buenas y pobres gentes de su entorno.

La pintura de la hermana Alejandra Izquierdo es como una fuente de agua clara que mana y corre. Maestría recatada en el color, la profundidad de la infancia definitiva, los supremos mensajes de la vida sencilla, a la postre la presencia luminosa de la inmolación. Así *Árbol de vida*, y la cripta del santuario de Santa Teresa de los Andes.

Me congratula la ocasión de dar a conocer a la comunidad la devoción popular al Patriarca de los Monjes en el santuario de peregrinación de São Bento da Porta Aberta, en la diócesis de Braga; el esfuerzo de su Hermandad, que está levantando una basílica junto a la antigua, aprovechando el desnivel del terreno para lograr una armonía pintiparada de los dos edificios, en un paraje bellísimo donde confluyen varias corrientes de agua en un valle resultante de variados cambios de paisaje en torno. A esta Hermandad, guiada por monseñor Manuel Vaz Coutinho, se deben la idea y la ejecución de una nueva historia universal de la familia benedictina.

Cuando llegamos, al caer la tarde, a la trapa de Miraflores, todavía estamos confusos del desbordamiento de la hospitalidad benedictina que hemos disfrutado. La paz del ganado, a la vera serrana, de la cordillera ya. Espléndidos árboles: quilleis, peumos, espinos, pinos. Hablamos con uno de los padres procedentes de Gethsemaní, la casa de Thomas Merton. Lleva acá treinta años, y nos dice que siente la vida chilena más cálida y humanística que en su país, cada uno en éste más encastillado en su limitación. Naturalmente que ello nos complace como hispanos. Y le hacemos ver en cambio esa disponibilidad para todas las posibilidades que es posible encontrar allí.

Al día siguiente, la generosidad de dom Mauro Mathei hace que los hermanos Saavedra nos acompañen a Valparaíso, maravilla de la ciudad trepan-do desde el mar por las colinas, y a las dos etapas monásticas aledañas. (En el camino el santuario mariano de Lo Vázquez, que fue edificado para conmemorar el dogma inmaculista de 1854). Pasando antes por la grata Viña del Mar, paraíso de amables arquitecturas, donde el párroco benedictino nos sienta a su mesa –a nuestro lado el historiador Moreno, del Centro de Estudios Benedictinos erigido por el Movimiento Manquehue, la última presencia que queda de la estadía de los monjes de Samos– algún vestigio de porche compostelano en el pórtico de la digna iglesia; en otro paraje, la capilla neo-románica pintada por el padre Subercasaux.

En Quillota nos contagian su alegría las benedictinas, dejándonos en el comedor de huéspedes, con un crucifijo quiteño, degustando pastas de su elaboración, masa uruguaya, mientras se cambian de su hábito de faena. La priora Susana nos confiesa que siembra los alrededores de medallas de san Benito, para impetrar no se haga en ellos ninguna instalación nueva perturbadora de esta paz. El monasterio es una casa de campo alargada, una sucesión de puertas rectangulares pintadas de verde. Una de ellas es la de la capilla, sin que se pueda adivinar. Un pequeño paraíso de madera, con su claraboya. De pino de oregón –es el de las casas de Valparaíso, que antes venía de flete en los barcos salineros– el sagrario, un regalo del obispo Medina. El niño grande que tiene en sus brazos la virgen, de Las Condes. Un granero de la hacienda hace de hospedería, acondicionado pero sin perder su tal carta de naturaleza. Merece la pena subir a su torreta.

También esta comunidad tiene su historia singular. Pues es fruto de la conversión de otra de una congregación docente –tuvieron a su cargo la Casa Nacional del Niño–, la canadiense francesa de la Providencia, en la benedictina de ahora. Los iconos de la hermana Alicia tienen su sello propio. La placidez del paisaje nos llega a contagiar. ¡Y cómo nos sentimos enriquecidos al calor fraterno de esta familia de orantes!

Cuando llegamos a Lúu-Lúu es casi de noche. Tenemos tiempo de oír la misa de la Degollación de San Juan Bautista en su iglesia que conserva igualmente la armadura arquitectónica en madera del viejo granero, lo que desde luego la dota de una particular seducción –el latín de siempre en el *sanctus* y los *agnus dei*. Vemos las tumbas de los padres de Viña del Mar. Me detengo ante la de dom Beda Lázaro, a quien conocí a su vuelta de Nueva Nursia. No me imaginaba entonces que algún dato de los que me contó iba a tener una utilización en mi historia benedictina. El prior Guillermo nos expresa el sentido decisivo que para ellos tiene la proximidad de estos antepasados espirituales sobre el terreno.

Y, llegado el trance de la despedida, me acuerdo de mi estancia en Clervaux, allá el año 1958, siendo hospedero dom Jean Leclercq. Al tocar la extremaunción a impartir a uno de los monjes, nos recordó que la muerte de uno no es motivo de tristeza en un monasterio. De esa manera me consuelo yo, de este apartamiento de estas tierras hermanas, de estas gentes entrañables que conmigo han tenido precisamente todas las bondades que no merecía. Aunque también con la esperanza de volver, a ellas y a las vecinas de la hispanidad.

De lo que estoy convencido es de que mis compatriotas peninsulares están necesitados de venir a ellas, pero no solamente para disfrutar de sus amabilidades, sino para aprender también. Que nuestra evolución en los últimos lustros ha sido demasiado vertiginosa como para ser asimilada sin consecuencias traumáticas, y por eso el ejemplo de sociedades fraternas con alguna diferenciación por esas vías, aunque sea tan leve como la uniformidad del mundo moderno lo permite, puede ser aleccionador. En cuanto a mí, tengo bien presente un episodio ya muy lejano, de mis días escolares en la vieja Facultad de Derecho de la calle de San Bernardo. Era en el seminario de Internacional Privado, el de don José Yanguas Messía. Vivíamos entonces asfixiantemente cerrados, y las puertas de Europa nos sonaban demasiado esplendentes. Un compañero, dando por consabida la respuesta, nos interpeló que si, pese a la exaltación hispanoamericana, no nos sentiríamos más unidos que a un colombiano a un francés. Yo respondí negativamente, y creo poder confesarlo sin rubor, en cuanto algunas muestras de europeísmo y de simpatías concretas a Francia he demostrado en mi modesta obra. Pero hay vínculos que calan más y razones del corazón que la razón no entiende. Por otra parte, nuestro destino europeo es ineludible ahora y, por la fuerza misma de las cosas, nunca ha dejado de serlo. Por eso lo que urge es permanecer también fieles al igualmente ineludible americano, la historia hecha ya una segunda naturaleza y pese a la distancia de la geografía.

Ya por la vía del sentimiento, podría decir mucho más, de lo enriquecedor que me ha sido este periplo argentino, paraguayo, chileno, un poquito uruguayo también. Sólo quiero apuntar el dato de cómo en estas latitudes la comunicación cordial entre unos y otros hombres de carne y hueso se mantiene más vigente, menos deshumanizado el ente cableado de nuestros días, conectado por unos cables invisibles que le rodean y un poco atenazan a sus antípodas, pero incomunicado integralmente con el vecino del que sólo le separa un delgado tabique. Yo he visto en estas tierras de la América española conversar a las gentes en los aviones, por dos veces nuestros vecinos de viaje nos llevaron del aeropuerto al hotel, los compañeros ocasionales de una excursión se bajaron para despedirnos en bloque en otro embarque, un paraguayo vendedor ambulante de chipas se detuvo para darme sus señas y rogarle le escribiera... Ya sé que todo esto es muy sencillo. Pero revela una toma de postura en la vida y hacia los prójimos que nosotros hemos perdido. (¿Acaso la manera de compartir el mate no ha mantenido un paralelo interior?) Y me vuelvo a acordar de lo que me decía el trapense de Miraflores, pero para aplicarlo a mi propio país, a mí mismo. Y de esa felicidad del país en torno, contra el viento y la marea de las circunstancias ajenas, que me hacía respirar a la brisa de Tupäsy María el padre Pedro... ¡Qué símbolo, alejado de cualquier frivolidad, ese dulce de leche argentino!

Antonio LINAGE CONDE
Universidad de San Pablo, CEU
Castelló 45
28001 Madrid